

Hoguera para un infiel

José López Rueda

En 1958 hice varios viajes a Guayaquil a bordo del “Ibiza”, un carguero de la Flota Grancolombiana, en que yo prestaba mis servicios como capitán. Generalmente, permanecíamos dos o tres días anclados en el ancho río Guayas, mientras los estibadores trasladaban a nuestro buque todo el atún que don Adolfo Montesinos había almacenado en su frigorífico durante nuestra ausencia. Por las noches, los tripulantes se largaban a beber cerveza y a gastarse la paga con las furcias del malecón. Yo, por mi parte, solía pasar algunas veladas con un par de compatriotas que vivían en la ciudad. Mi mejor amigo en Guayaquil era Marcos de Aranzadi, un vasco alto y fornido que hablaba de política en los bares del puerto con un lenguaje agresivo y revolucionario. Era piloto de la marina mercante española, y había estudiado conmigo en la escuela Naval de Santander. Había llegado al Ecuador hacía unos ocho años en un barco bananero de bandera cubana, y había desertado en compañía del jefe de máquinas, otro vasco llamado Lucas Basarrate que luego se había liado con una negra. A Marcos de Aranzadi le gustaba representar el papel de separatista vasco en el exilio y solí contar de muy diversas formas su fuga nocturna a Francia desde San Sebastián en un bote de remos para evitar que lo encarcelase la policía franquista por conspirar contra el régimen.

Le había ido muy bien en Guayaquil. Al principio se había dedicado a dar clases particulares de francés y una de sus alumnas, Elvira Montesinos, hija de don Adolfo, el dueño del frigorífico, se había “pegado una enamorada de Marcos hasta la punta de los pelos”, para decirlo con sus propias palabras.

Don Adolfo Montesinos era un viejo manabita, que manejaba el negocio del pescado en la costa y era el amo de medio Guayaquil. El hombre se había opuesto con toda su energía moral, que era considerable, al matrimonio de Elvira con

Aranzadi. Según don Adolfo, mi amigo Marcos era un aventurero que explotaba su palmito para dar un buen braguetazo y vivir de las rentas el resto de sus días. Yo creo que no le faltaba razón a don Adolfo, pero lo cierto es que no le valieron de nada todos sus esfuerzos y el matrimonio se realizó. A partir de entonces, Aranzadi se consagró de lleno a la literatura.

Sus nuevas actividades le llevaron a trabar amistad con el doctor Zacarías Castelví, un profesor madrileño que daba clases de Estética en la Universidad. El doctor Castelví era un tipo bastante raro. Aranzadi me lo presentó en uno de mis primeros viajes a Guayaquil. El profesor vivía en la calle Machala. Aunque su caso no era nada del otro mundo, resultaba elegante en aquel distrito lleno de construcciones de madera y aun de caña. La residencia de Castelví era un pequeño chalet de concreto, cuyo segundo piso montaba sobre la acera en forma de soportal. Una placa atornillada sobre la puerta de la planta baja, exhibía el nombre del profesor. En el segundo piso, con entrada independiente, vivía el dueño de la casa, un conuñado de Castelví, llamado Walter Salmerón, que era uno de los más prósperos abogados de la ciudad.

Casi siempre que íbamos a ver al profesor, él mismo nos había la puerta. Era un tipo de estatura corriente, flaco y algo encorvado. Estaba ya bastante calvo, y detrás de unos gruesos lentes, miraban inquietas sus negras pupilas febriles y escrutadoras. Un fino bigote castaño adornaba su boca de trazo firme. Fumaba en pipa sin cesar y era un conservador infatigable.

Al entrar en la casa, uno se hallaba en una sala bastante amplia, cuyas paredes estaban cubiertas hasta el techo por estanterías atestadas de libros cuidadosamente encuadernados.

–Tiene usted una magnífica biblioteca– le dije a Zacarías Castelví la primera vez que me llevó Aranzadi a visitarle.

–Sí. No hay más remedio. Los libros son mi herramienta de trabajo– afirmó el profesor mientras encendía la pipa con sus manos finas, largas, nerviosas.

–¿Para qué son esas bolitas blancas?– pregunté yo, señalando hacia los estantes.

–Es naftalina– respondió Zacarías–. La pongo sobre los libros para que no se los coman los bichos. Aquí, en Guayaquil, hay que tener mucho cuidado si se quiere conservar una biblioteca. Yo me paso el tiempo sacando volumen tras volumen para airearlos y echarles insecticida. Así y todo, mis esfuerzos resultan, a veces, infructuosos.

El doctor Castelví se levantó de la butaca y nos trajo dos libros traspasados de parte a parte por los comejenes.

– Menos mal que Lupe te ayuda bastante a conservar la biblioteca – intervino Aranzadi

– Sí. Ahora les está poniendo a todos los libros un forro de plástico. Es el único trato que puede tener con ellos. Porque lo que es leerlos... pero en fin, algo es algo.

Lupe era la esposa de Castelví. Pertenecía a una de las familias guayaquileñas de más ilustre abolengo. Ella y sus parientes estaban ya bastante tronado; pero aún conservaban restos de su antiguo esplendor. A la muerte de su padre, Lupe había heredado un millón de sucres y se había comprado un *mercedes* de color verde oscuro, en el que acarrearaba a su esposo de un lado para otro. Zacarías Castelví no sabía manejar ni pensaba aprender en su vida.

–Uno no sirve más que para la vida intelectual – solía decimos a Marcos y a mí -. Todo lo que sean faenas mecánicas se lo dejo a Lupe. Además, como y o no hago nunca ejercicio físico, no tengo músculos.

En una de mis visitas al profesor, conocí a su mujer. Estábamos conversando en la sala Zacarías, Marcos y yo, cuando, de pronto, se abrió la puerta de la calle y entró Lupe. Era una mujer de unos treinta años, delgada, fuerte y de estatura regular. Llevaba una melena corta un tanto despeinada, y se nos quedó mirando con unos ojos negríssimos que brillaban en su rostro moreno y de nariz ligeramente aguileña. Iba vestida con pantalones y una camisa de manga corta que se le salía por detrás. Besó en la boca a su marido y luego nos dio la mano a nosotros.

–Estuve en la hacienda con Pilar –explicó a Zacarías–. Uno de los choferes estaba enfermo y me he pasado el día transportando caña desde los campos al trapiche.

–¿Ha regresado Pilar? – preguntó Castelví.

– Sí, está arriba con Walter.

Pilar era hermana de Lupe, y estaba casada con Walter Salmerón. Tenían una hermosa hacienda en los alrededores de la ciudad que producía banano, caña de azúcar y algo de café. Lupe, a veces, para entretenerse, ayudaba a los peones en las rudas faenas agrícolas.

Aquella tarde Lupe se quedó un rato con nosotros. Sentada frente a mí, en la mesita de la sala, me miraba sin pestañear, y cuando hablaba yo, alargaba hacia mí su exótico rostro aquilino, como bebiéndose mis palabras. Al principio creí que yo le gustaba, y de vez en cuando, miraba de reojo a Castelví para ver si estaba celoso. La insistente mirada de su mujer me tenía desconcertado, pero Castelví, más tranquilo que nunca, seguía manipulando su pipa de surrealismo. Pronto descubrí que Lupe estaba más sorda que una tapia y que si me miraba fijamente a los labios, era porque deseaba enterarse de la conversación.

Marcos de Aranzadi me contó algunos detalles de aquel extraño matrimonio. Yo solía cenar en su casa cuando estaba en Guayaquil. Por cierto que su mujer, Elvira, guisaba admirablemente y me tenía cierta simpatía. Aunque no mucha, desde luego, porque a ella sólo le gustaban de verdad las personas de la “high life” guayaquileña, y yo, después de todo, no era más que un rudo marino que se esforzaba por comportarse lo más finamente posible en tierra. Tampoco parecía gustarle mucho los intelectuales como Zacarías Castelví, porque hablaba de ellos con un tonillo irónico y desdeñoso que a mí me parecía muy desagradable, sobre todo, a Zacarías no le podía ver, porque le echaba la culpa de que Marcos se alejara cada vez más de los negocios para consagrarse en cuerpo y alma aquella pasión improductiva del periodismo y de la literatura. A los amigos de su esposo los clasificaba bajo el título un tanto despectivo de “la gente de Marcos”. Yo, sin duda alguna, también entraba en este grupo.

Una noche, después de la cena, estábamos tomando café en la sala Elvira, Marcos y yo cuando surgió la conversación sobre Lupe y Zacarías.

–Nunca podré comprender cómo han podido casarse– dijo Elvira con su voz de mosca muerta -. Son tan distintos... Él es un hombre que, fuera de los libros, no sirve para nada. Ella, en cambio, es una mujer bastante masculina, que no tiene ninguna preocupación por la cultura. Lo único que lee es “Mecánica Popular”.

–Quizás se casaron porque se complementan el uno al otro– dije yo.

–Lo que pasa es que Zacarías es un tipo genial que se siente atraído por los seres extraños– arguyó Aranzadi. No olvidemos que es uno de los mejores poetas que tiene España en la actualidad.

–¿Y dónde conoció a Lupe?– le pregunté yo.

–En una fiesta –respondió– . Lupe estaba un poco bebida y le dio por contarle a Zacarías sus amores con un millonario de Guayaquil que le llevaba veinte años. Parece ser que Lupe había sido amante de ese tipo hasta pocos meses

antes de su muerte. Ella, cuando se emborracha, tiene un vocabulario de carretero. Así que el relato de sus andanzas con el millonario debió de realizarse en un estilo salpicado de palabrotas y risotadas absurdas. A Zacarías le cayó en gracia aquella chica tan libre de prejuicios y viva de imaginación. Cinco meses después de conocerla, le propuso matrimonio.

–Como puede usted suponer, ella aceptó *ipso facto* – añadió Elvira dirigiéndose a mí -. Porque, después de todo, le hubiera sido muy difícil encontrar otro primo que cargara con ella sin importarle su pasado.

–¿Quién sabe? – dije yo – El amor es ciego.

–No cabe duda – replicó Elvira -. Sobre todo para Castelví. Que le cuente Marcos el episodio de la alemana. Merece la pena.

–Bueno. No tiene nada de particular – exclamó Aranzadi con una sonrisa burlona–. Esa alemana que dice Elvira era la novia de Zacarías en España. El hombre estaba enamoradoísimo de ella, y cuando llegó a Guayaquil, le mandaba casi todo el sueldo que ganaba en la universidad. Él se quedaba con una cantidad irrisoria y tenía que ir andando a trabajar con este calorazo del trópico.

–¿Y por qué no se casó con ella?

–Pues porque la tipa se pasó de lista, y puso como condición para venir que Zacarías pagara también el pasaje de una vieja berlinesa que andaba siempre con ella en Madrid y que pasaba por ser su madre. Afortunadamente, un hermano de Zacarías le informó por carta de que no había tal parentesco. Las dos fulanas eran un par de aventureras y, de haber llegado al Ecuador, lo más probable es que hubieran puesto una casa de niñas.

–Y, seguramente, Zacarías les hubiera dado la plata –añadió Elvira.

–Es muy posible – reconoció riendo Aranzadi.

–Me imagino que Castelví, al saber que la alemana le estaba jugando sucio, dejaría de mandarle dinero –sugerí.

–No. Todavía tardó tres o cuatro meses en desengañarse – me dijo Marcos.

–Supongo que sería muy bella la muchacha.

–Sí. No estaba mal – reconoció Elvira -. Pero era demasiado alta. Zacarías nos ha mostrado algunas fotos en que están los dos juntos. Ella le sacaba casi la cabeza.

– En realidad, lo que le pasaba a Zacarías con aquella chica – explicó Marcos –, es que era víctima del complejo de Edipo. Él mismo me dijo que su pasión se disipó el día en que se dio cuenta de que la amaba porque, inconscientemente, creía que ella era su mamá. Lo que Zacarías deseaba, en realidad, es que ella le acunase en sus brazos. Como era tan alta...

Yo me eché a reír y luego les pregunté si Lupe y Zacarías tenían hijos.

–No. Tienen gatos – respondió Elvira con una risita maliciosa.

–Es verdad –dije yo -. Siempre que voy a su casa, veo tres o cuatro pululando por la sala

–Tienen lo menos veinte – informó Elvira.

–¿Y él sigue tan enamorado de su mujer como al principio de su matrimonio?

–Creo que no – dijo Marcos -. Desde que se ha convertido en el intelectual de moda en Guayaquil, tiene muchas tentaciones. De vez en cuando, organiza cursos privados a los que asisten las hembras más ricas y bellas de la ciudad. Ahora, sin ir más lejos , le veo muy interesado por Sara Olsen, una muchacha noruega que está pasando una temporada en casa de mi suegro. ¿No es verdad, Elvira?

–Sí. Creo que sí – respondió la mujer de Marcos –.

–En las reuniones sociales, Zacarías no hace más que mirarla. Y lo malo del caso es que, últimamente, ella también le corresponde. Me parece que eso a acabar mal para la pobre Lupe.

–¿Y qué tal es Sara? – pregunté yo.

–Una Venus de bronce, con ojos grises – respondió Aranzadi sonriendo.

–¿Habla español?

–Perfectamente– dijo Elvira -. A vivido en Méjico desde los diez años, y debe tener ahora veintiocho. Es la hermana menor de la segunda mujer de mi padre.

–¿Por qué no llevamos a Enrique a la fiesta de mañana para que la conozca? – propuso Marcos a su mujer.

–Bueno, por mí, encantada respondió Elvira -. ¿Quiere usted venir con nosotros? La fiesta es en casa de mi padre.

–Muchas gracias– dije yo–. Así tendré ocasión de tratar a don Adolfo Montesinos fuera de los negocios.

Al día siguiente, a eso de las ocho de la noche, entraba yo con Elvira y Marcos, en la hermosa residencia de los Montesinos. Las criadas eran negras vestidas de blanco y tocadas con alargados gorritos militares del mismo color. Cristina, la segunda mujer de don Adolfo, era rubia y de ojos azules. A pesar de haber vivido en Noruega, hablaba un español perfecto. Cuando se dirigía a su hermana Sara, lo hacía en noruego, aunque las dos estuvieran lejos una de otra y la sala se hallase repleta de invitados que escuchaban curiosos aquella lengua restallante como el gorjeo de un pájaro vikingo.

A Sara Olsen me la presentó Aranzadi. Era una belleza nórdica tostada por el sol de los trópico y sus ojos grises era como dos grandes almendras hermosas como un fiordo al amanecer.

Zacarías estaba sentado entre ella y Guadalupe. Completamente olvidado de su esposa, que trataba de comprender lo que decía en voz alta su cuñado Walter, Castelví desplegaba todo su ingenio para impresionar la rubia noruega, que, por cierto, le oía fascinada.

Los invitado bebían con profusión y el whisky empezaba a causar sus efectos. Uno de los mejores conjuntos guayaquileños tocaba en una habitación vecina y la

gente danzaba con entusiasmo. Don Adolfo Montesinos, un hombre de unos cincuenta y cinco años, enteco, alto y con el pelo plateado, bailó dos o tres piezas con su cuñada Sara Olsen. Zacarías, que era un perfecto lego en el arte de Terpsícore, fumaba su pipa y no le quitaba los ojos de encima a la muchacha. De vez en cuando, Guadalupe observaba inquieta el ensimismamiento contemplativo de su esposo. El brillo de odio y celos que ya nacía en los ojos negros, apasionados, tropicales, no presagiaba nada bueno para Zacarías.

–Es muy hermosa la muchacha– le dije a Castelví, refiriéndome a Sara Olsen una de las veces en que nos sentamos juntos.

–Sí. Una Venus de bronce– comentó él.

–Hombre, ¡qué casualidad! Lo mismo dice de ella Marcos Aranzadi.

– Sí, me copia todo– exclamó Castelví riendo suavemente detrás de su pipa.

A eso de las dos de la madrugada, Zacarías invitó a un grupito de amigos íntimos a tomar unos whiskys en su residencia. Como había mucha gente en casa de los Montesinos, nuestra marcha pasó inadvertida. Sara Olsen vino con nosotros en el auto de Guadalupe. Por los oscuros soportales de la calle Machala, solitarias caminadoras paseaban furtivas. Cuando nos apeamos del coche para entrar en la casa de Castelví, un mulato marihuanero pasó junto a nosotros y nos miró con ojos alucinados.

Hacía mucho calor. Nos sentamos en el patio que había detrás de la casa. Los numerosos gatos de Castelví dormían por los rincones. De vez en cuando, alguno de ellos regresaba de sus correrías nocturnas o partía con rumbo desconocido. Un gatazo joven y blanquísimo saltó sobre las rodillas de nuestro anfitrión.

–Este es mi favorito– explicó Zacarías –. Se llama Orfeo. Le gustan mucho las hembras y anda siempre de picos pardos por ahí. Cualquier día me lo van a envenenar.

Lupe trajo una botella de whisky y la conversación empezó a fluir irónica y chispeante. Muy bebidos ya, celebrábamos a carcajadas las ocurrencias de los diversos contertulios. Walter Salmerón, bermejo y calvo, parecía un coronel austríaco vestido de paisano. Le dio la borrachera por meterse con Aranzadi, a quien consideraba un parásito. Pues aunque mi amigo presumía siempre de revolucionario y echaba pestes contra el imperialismo y las oligarquías, todo el mundo le consideraba un vivalavirgen que se daba la vida padre a costa de su suegro.

En las últimas semanas, su reputación de hombre terrible había sufrido un serio descalabro. Él y Castelví habían sostenido en el “Universo” una polémica muy virulenta sobre pintura con un periodista guayaquileño llamado Práxedes Segovia, que los había insultado gravemente. Ellos tampoco se había quedado atrás y el resultado había sido la ruptura de relaciones con su contrincante. Pero mientras Castelví se mantenía firme en su actitud y andaba siempre con una pistola en la cartera por si acaso le atacaba el periodista, Marcos de Aranzadi se había humillado hasta el extremo de solicitar su amistad. Este incidente, junto con su condición de mantenido, era lo que entre risas crueles y alusiones demasiado directas a veces se estaba comentando allí aquella noche por iniciativa del sarcástico Walter Salmerón.

–Bueno, ¿y cómo va la polémica?– preguntó éste mirando burlonamente a su cuñado.

–Yo ya he dicho por la prensa todo lo que tenía que decir – contestó Zacarías

–Si Práxedes me ha insultado, yo tampoco he sido manco. Ahora sólo queda ya la agresión física. Pero, desde luego, como él me ataque, yo le meto cuatro tiros. Que no se crea que le voy a contestar con los puños. Al fin y al cabo, yo no soy ningún atleta; pero, afortunadamente, hoy las armas han igualado a los hombres.

–¿No piensas hacer las paces con Práxedes?– preguntó Salmerón.

–De ninguna manera. Él fue el primero en agredirme. Eso no se le hace a un amigo íntimo. Y menos a mí, que hasta le hice padrino de mi boda.

–Pues, en cambio, Marcos ya ha vuelto a entrar en amistad con él– dijo Walter -. Al menos eso dicen las malas lenguas.

–Bueno. Yo soy un tipo flexible – se justificó Aranzadi–. No va uno a pasarse la vida enfadado con un amigo por una estupidez.

–No es ninguna estupidez –terció Lupe–. Él se ha ensañado contigo. Te ha llamado, entre otras cosas, “enfant terrible” de los salones dorados de Guayaquil.

–¿Y no hay algo de verdad en eso?– preguntó Walter sonriendo.

Aranzadi se quedó silencioso, con la vista puesta en una tapia no muy alta que separaba el patio de la calle. EL gato llamado Orfeo estaba ahora acurrucado junto al muro y observaba al grupo con sus ojos relucientes.

– Esc gato me está jodiendo– exclamó Aranzadi con furia.

Y sacando un gran revólver del bolsillo de su pantalón, disparó contra Orfeo, que saltó la tapia como si le hubieran puesto un cohete en el rabo. La explosión atronó como un cañonazo en la cálida noche tropical. Todos nos dimos cuenta de que el disparo estaba dirigido en realidad contra nosotros. Sara Olsen se puso pálida y contempló a Aranzadi con miedo. Elvira le dijo a su marido que era un cafre y que guardara enseguida el revólver. Yo temí que Aranzadi perdiera la cabeza y se liara a tiros con Walter. Zacarías Castelví fumaba más deprisa que de ordinario y sonreía un poco nervioso mirando al loco de Aranzadi. Afortunadamente, Marcos guardó su arma y la cosa no pasó a mayores. La reunión se disolvió pocos minutos después.

El domingo por la noche, partí con rumbo a San Diego de California. El "Ibiza" llevaba su frigorífico repleto de atún ecuatoriano, el Pacífico, haciendo honor a su nombre, se portó muy bien con nosotros e hicimos una espléndida travesía. Cuando llegué a San Diego, mis jefes me destinaron a otro barco y estuve cerca de seis meses sin volver a Guayaquil. Durante todo este tiempo no hacía más que pensar en Aranzadi y sus amigos. Ardía en deseos de saber qué rumbo habían tomado sus vidas. Era como si se hubiese abandonado una partida de ajedrez en su momento más interesante.

Por fin, en noviembre de 1958, me dieron nuevamente el mando del "Ibiza" y regresé a Guayaquil. Visité a mi amigo Aranzadi y me enteré de que Zacarías estaba un poco distanciado con él desde la noche en que había disparado contra su gato. Marcos seguía escribiendo en el "Universo" y las cosas le iban bastante bien. Con el dinero de su suegro estaba construyendo un buque para dedicarse a la pesca del atún. De esta forma pensaba acabar para siempre con su fama de mantenido.

A Zacarías tuve que visitarle solo. Me acogió tan amable como siempre y nos pasamos cerca de tres horas bebiendo cerveza y hablando de todo lo humano y lo divino. Como yo me iba a quedar una semana en el puerto para reparar las máquinas del "Ibiza", me dijo que fuese a verle por las tardes antes de las seis, hora en que él iniciaba sus clases en la universidad. Yo acepté con agrado su invitación y, al día siguiente, después del a siesta, me presenté en su casa con una caja de bombones para Guadalupe y una pipa alemana para él. Después de conversar un rato, Zacarías se puso a preparar sus conferencias y yo me entretuve en echar un vistazo a la biblioteca. A eso de las cinco, Lupe nos sirvió café. Estaba muy amable conmigo, pero me extrañó que no se sentara con nosotros, como solía hacer de ordinario.

–¿Y qué es de Sara Olsen? –le pregunté a Zacarías mientras sorbíamos el café.

–Sigue en casa de los Montesinos.

–¿La ves a menudo?

–Sí. Todas las mañanas. Como está muy interesada por la filosofía, le estoy dando un curso.

–Pues ya puedes tener cuidado –le dije yo bromeando– es una alumna peligrosa y puedes enamorarte.

– Lo malo es que ya lo estoy.

–¿Y ella lo sabe?

–Demasiado bien. Al principio nos limitábamos a mirarnos a los ojos en todos los sitios donde nos encontrábamos. Pero hace cosa de quince días, mientras le explicaba la “Ética a Nicómaco”, empecé a besarla como un estudiante. Ella siente lo mismo que yo quiere que deje a mi mujer.

– Veo que la cosa es más seria de lo que yo creía.

– Sí. Lupe está enterada de todo y por las noches me arma unos escándalos espantosos. El otro día hasta nos pegamos. Por cierto, que yo la vencí, aunque parezca mentira. Y lo que pasa es que uno se cree un tipo débil y luego resulta que tiene más fuerzas que Sansón.

–¿Y cómo acabó la pelea?

–Aprovechando un descuido mío, Lupe me agarró de las bolas y yo grité, Walter y Pilar bajaron a separarnos. Ahora toda la familia trata de convencerme para que no me divorcie. No se acuerdan de cuando en las reuniones del clan pasaban diapositivas y se mondaban de risa al ver a Lupe con su antiguo amante. Por cierto que ella también les coreaba, mientras yo hacía el papel de cornudo silencioso. Pero ahora están asustados y me vienen con ruegos y amenazas. No me importa nada. Ya estoy harto de hacer el pendejo. En este mundo uno tiene que conquistar su felicidad aquí y ahora. No merece la pena sacrificarse. Yo no tengo la culpa de que todo esté mal hecho.

Unos minutos antes de las seis, Lupe nos llevó a la universidad en el *mercedes*. Zacarías, siempre con la pistola en la cartera por si acaso le atacaba alguien, se quedó en la Facultad de Filosofía y Letras. Luego yo me senté junto a Lupe, y luego ella me acercó hasta el muelle donde estaba anclado el "Ibiza".

Al día siguiente de la conversación que acabamos de transcribir, Lupe se desahogó conmigo. Me dijo que Zacarías se pasaba las mañanas y las noches en casa de los Montesinos pelando la pava con la zorra de Sara Olsen y que, últimamente, hasta se iba a desayunar allí, para estar más tiempo con ella.

—Yo creo que todo esto nos pasa porque no tenemos hijos. Zacarías dice que a él no le importa, pero, en el fondo, ésa es la causa de que me abandone. Y lo peor del caso es que yo debo de ser estéril. Fui nadadora durante mi juventud y probablemente se me apretaron los ovarios. Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que no voy a dejar que esa zorra me quite a mi marido así como así. Antes de que eso ocurra, estoy dispuesta a hacer cualquier disparate.

Al oír estas palabras, yo me quedé un poco asustado y traté de calmarla diciéndole que aquel asunto de Sara Olsen no era más que un capricho de cuarentón. Pero yo mismo no estaba muy convencido de que lo fuese, y tuve el presentimiento de que a Zacarías le iba a ocurrir algo gordo.

Dos días antes de marcharme de Guayaquil, nos invitaron a otra fiesta en casa de los Montesinos. Aunque Walter y Pilar trataron de convencer a Guadalupe para que viniese con nosotros, ella se negó rotundamente, así que Zacarías y yo tuvimos que ir en el automóvil de Walter. La fiesta estuvo animadísima, y Sara Olsen, más bella que nunca, se pasó la noche hablando con Castelví.

A eso de la una de la madrugada, Guadalupe llamó por teléfono a Zacarías y le dijo que había un incendio en la casa. Muy alarmados por la inesperada noticia, Walter, Pilar y Castelví abandonaron corriendo la fiesta. Yo salí con ellos y me introduje rápidamente en su automóvil. Los demás invitados nos siguieron en sus coches.

Cuando llegamos al domicilio de Walter, vimos una gran llamarada que surgía frente a la casa, en el césped central de la avenida. Algunos trasnochadores, en su mayoría prostitutas, borrachos y marihuaneros, contemplaban el incendio desde los soportales. En la acera nos encontramos con Guadalupe en pantalones y sonreía de una manera loca y desafiante. Llevaba la camisa fuera y su corta estaba más desgredada que nunca. Lo que ardía sobre el césped de la avenida eran los libros de Castelví.

–¡Canalla! – gritó Zacarías al darse cuenta–. Te voy a matar.

Y se abalanzó sobre su mujer hecho una furia. Walter y yo lo sujetamos con dificultad.

–Ya te dije que si seguías con esa puta te iba a quemar los libros – gritaba Guadalupe–. Y da gracias a Dios de que sólo te he quemado la mitad. Pero si no la dejas, les pegaré fuego a todos. Sí, señor, a todos. ¡Por Dios que lo haré!

Don Adolfo Montesinos, que, junto con su esposa Cristina y su cuñada Sara, observaba la escena a prudente distancia, al darse cuenta de lo que sucedía, metió a los dos en su automóvil y se alejó de allí a toda velocidad. Unas cuantas amigas rodearon a Lupe y la persuadieron para que subiera a casa de su hermana. Graciano, un criado indio medio tartamudo que idolatraba la incendiaria, nos contó con su lengua de trapo que la señora le había ordenado sacar los libros al

centro de la avenida, y que ella misma, después de rociarlos con gasolina, había prendido fuego.

Walter y yo conseguimos calmar a Zacarías y nos lo llevamos a tomar una cerveza en un kiosco del muelle que estaba toda la noche abierta. No quisimos dejarle solo en su biblioteca por temor a que, al ver los anaqueles vacíos, hiciera alguna barbaridad. Teniendo en cuenta su paranoia incipiente, alejarle de su casa era la medida más aconsejable.

Aquella noche, Zacarías se acostó en un camarote del "Ibiza". Estaba desesperado y profería horrorosas blasfemias contra Dios y toda la corte celestial. Hasta yo, que estaba acostumbrado al rudo lenguaje de los marineros, le escuchaba con inquietud. Como es lógico, pensé que Guadalupe se había quedado sin marido.

Por eso me llevé una sorpresa cuando a la mañana siguiente, Walter vino a buscar a Zacarías y en cosa de quince minutos lo convenció para que regresara con su mujer. No pude evitar el sonreír un tanto mefistofélicamente al darme cuenta de que el amor por Sara Olsen no pasaba de ser una pura entelequia literaria. En el fondo, Castelví prefería sus gatos, la mitad de sus libros y la vida confortable. La joven noruega era un plato demasiado fuerte para él.

Aquella noche levamos anclas a las nueve. El "Ibiza" empezó a deslizarse suavemente hacia el océano. Desde el puente de mando, se veían las luces de la ciudad reflejadas en el río.

No he regresado nunca más a Guayaquil.